

ALINEACIONES DE ÁRBOLES, VÍAS RESPIRATORIAS URBANAS

Buscando la sombra

Nuestra existencia depende de los árboles, algo de lo que nunca hemos sido plenamente conscientes. Teniendo en cuenta la situación actual, quizás deberíamos afirmar que nuestra supervivencia depende de los árboles. Su presencia es fundamental en el entramado urbano, capturan el dióxido de carbono y emiten oxígeno, mejoran la calidad del aire atrapando las partículas contaminantes, climatizan el espacio evitando las islas de calor, construyen barreras naturales que regulan la contaminación acústica, son el hábitat de múltiples especies propiciando la biodiversidad y crean un entorno físico emocionalmente saludable para la población.

Los beneficios de los árboles en las ciudades son innumerables pero las condiciones en las que vive un árbol de una alineación urbana es algo que también se debería contemplar. Generalmente un árbol en el espacio público tiene que desarrollarse en unos pocos metros cuadrados de tierra cubierta de pavimento. El suelo compactado por un constante tráfico, con una difícil circulación de agua y nutrientes hace que el crecimiento del árbol sea más lento. El desarrollo del sistema radicular es limitado y debe sortear todos los conductos e infraestructuras subterráneas de la ciudad, sumado al estrés térmico debido a las altas temperaturas provocadas por el asfalto y el hormigón. Al funcionar como filtros naturales están expuestos constantemente a la toxicidad de las partículas contaminantes presentes en humos y gases. La vida de un árbol en un entorno urbano se reduce significativamente en comparación con la que tendría en su hábitat natural.

La disposición actual de los árboles en el entorno urbano es el resultado de un largo proceso a través de la historia y son precisamente ellos los que en el pasado favorecieron la aparición de los primeros asentamientos humanos. El desarrollo de la agricultura en el Creciente Fértil propició el cultivo y la reproducción de árboles, algo que supuso el paso de los poblados estacionales a los poblados permanentes. Los egipcios trasplantaban árboles y los transportaban en barco a largas distancias. Los romanos en ocasiones los situaban a lo largo de calzadas para hacer visible a gran distancia el curso de los caminos. Bastantes siglos después, durante la Edad Moderna aparecieron las alineaciones de árboles en el espacio público tal y como las conocemos. El fenómeno tuvo su origen en varios puntos geográficos de Europa, en ocasiones como una extensión o evolución de los jardines y espacios verdes pertenecientes a las élites. Los árboles fueron una herramienta clave para la escenificación del poder y generalmente su presencia era consecuencia del esplendor económico.

La próspera Holanda del barroco creó un modelo de ciudad que los foráneos describían como “un bosque en la ciudad o una ciudad en el bosque”, una imagen que se convertiría en la sensación y referente para el resto de las ciudades europeas. En este caso, el recurso técnico con el que iban ganando territorios al mar acabó creando un concepto de urbanismo. En este proceso los árboles jugaron un papel fundamental. Mientras los molinos de viento drenaban el agua, los canales se estabilizaban gracias a la plantación de tilos, olmos y alisos, ayudando a asentar la tierra. La red de canales en ciudades como Ámsterdam eran las principales vías de comunicación y transporte, y generalmente se plantaban árboles a ambos lados de los canales.

En París, la reina María de Médicis introdujo la costumbre italiana de pasear en carruaje. Para esa ociosa práctica se diseñó el “Cours de la Reine”, cuatro alineaciones de árboles de un kilómetro de largo para circular. Lo que en un primer momento estaba destinado a las élites acabó popularizándose. Este espacio se convirtió en un lugar para dejarse ver y relacionarse, un lugar para el amor. Este es el primer ejemplo de la conexión entre el arbolado y la circulación de vehículos rodados. Las alineaciones arbóreas actuales a lo largo de las carreteras pueden verse como una derivación de este pasatiempo.

La revolución industrial fue un nuevo escenario en el que los árboles fueron imprescindibles para la habitabilidad de las ciudades. En Londres, los característicos “plátanos de sombra” se convirtieron en un modelo de resistencia por su capacidad para la purificación del aire en una ciudad ahogada por el “smog”, debido a la quema del carbón en fábricas y hogares.

Posteriormente, carreteras masificadas de vehículos con motor de combustión, emitiendo gases y humos, intensificaron el problema. Paradójicamente la antigua práctica de plantar árboles a lo largo de las vías ya era una solución para este nuevo problema.

Podría ser interesante recordar un momento anterior de la historia en el que los “plátanos de sombra” tuvieron otra función, fueron cobijo y testigos de discusiones intelectuales e intercambio de ideas por parte de los filósofos griegos. Me gustaría evocar la sombra de los árboles de la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles en busca de ese espacio de reflexión, en el que resolver cuestiones prácticas que atañen a nuestras ciudades, una realidad que plantea desafíos a una escala global.

El ladrón de miel

“El ladrón de miel” (2023) forma parte del proyecto “Arbolado para calles, imperios y paraísos”, una serie de prototipos y modelos de alineaciones arbóreas para el espacio público en las que los árboles entran en diálogo con el contexto urbano para construir relatos.

La presencia de los árboles en el espacio público ha respondido a lo largo de la historia a intereses políticos, religiosos, sociales o prácticos, hasta llegar a ser fundamentales en el actual ecosistema urbano.

“El ladrón de miel” interroga la relación imprescindible entre el desarrollo de las civilizaciones y los árboles. Plantea un recorrido desde las especies que dieron origen al asentamiento de las primeras civilizaciones, hasta los modelos de planificaciones arbóreas que encontramos en las ciudades contemporáneas.

“El ladrón de miel” traslada el programa conceptual de un jardín clásico a una alineación urbana. Los relatos mitológicos que generalmente articulaban los jardines del renacimiento y barroco, el carácter lúdico de estas construcciones y el imaginario romántico de estos espacios para el amor, son el eje temático de esta hilera de árboles.

El título “El ladrón de miel” hace referencia a los versos bucólicos del poeta clásico Teócrito, en los que Eros, dios del amor, es atacado por unas abejas mientras roba la miel de un panal. Llorando y dolorido va a quejarse a su madre Afrodita, ¿cómo unos seres tan diminutos pueden causar tanto dolor?, Afrodita le recrimina que precisamente es eso lo que él hace con sus juegos amorosos.

Este relato ha sido muy representado a lo largo de la historia del arte, los dibujos de Dürero o las numerosas versiones que Lucas Cranach hizo de esta obra son muestra de ello.

La alineación está formada por fresnos (*fraxinus ornus*), tilos (*Tilia cordata*), cipreses (*cupressus sempervirens*), higueras (*ficus carica*), naranjos (*citrus x sinensis*) y manzanos (*Malus domestica*). Árboles melíferos en su mayoría, que producen miel en simbiosis con las abejas. La alineación parte de un bosque mitológico, según narra un relato atribuido a Simónides de Ceos, Eros en su infancia construyó sus armas amorosas a partir de dos árboles, el arco de la madera flexible del fresno y las flechas de la madera del ciprés. De aquí saldrían los múltiples vectores que formarán los relatos mitológicos donde son protagonistas el amor, la pasión, la seducción, la traición, la venganza, la tragedia... Muchos de estos relatos eran la explicación de fenómenos naturales y numerosos personajes acababan transformándose en niebla, lluvia, animales, floresárboles... formando el paisaje mitológico que recoge las Metamorfosis de Ovidio.

Me parece interesante proponer una analogía entre el imaginario mitológico y los ecosistemas naturales. Las relaciones de simbiosis, mutualismo, depredación, parasitismo... que se dan en la

naturaleza son igualmente juegos y estrategias de seducción que provocan la polinización, la dispersión de semillas, la germinación. Ejemplo de estas estrategias sería la metamorfosis de la flor *Ophrys apifera*, la orquídea que ha terminado transformando su aspecto para atraer a la abeja macho e inducir la polinización.

La alineación arbórea de “El ladrón de miel” recoge todas estas estrategias de atracción. Igualmente, la floración de los árboles emite un aroma que interpela al ecosistema urbano, funciona como un artefacto de seducción que busca provocar una metamorfosis, una evolución del espacio público. Los árboles son fundamentales en las áreas metropolitanas por su importancia en la fijación del CO₂, la climatización, son hábitat de múltiples especies facilitando la biodiversidad, pero la ciudad, las calles, son un espacio hostil para los árboles, es un continuo estrés a lo largo de su existencia.

Esta obra interroga el modo en el que seguimos gestionando los espacios verdes, siempre desde una visión antropocéntrica y utilitaria. Cuestiona nuestra actitud depredadora y parasitaria, para proyectar un escenario de simbiosis entre todos seres del ecosistema urbano.

“El ladrón de miel” plantea una superposición del plano mitológico sobre el plano de la cotidianidad. Todos los seres que formamos parte del ecosistema urbano comenzamos a participar de los relatos mitológicos que generan los árboles. Perros, gatos, paloma, ratas, insectos y sus símiles mitológicos empiezan a interactuar con centauros, dragones, ninfas... La parte lúdica y performativa comienza a cobrar vida propia a partir de los “guiones mitológicos” que crean los árboles. Hades, Demeter, Fítalo, el Jardín de las Hespérides, el dragón Ladón, Zeus, las Meliades, Cronos, Filira y Quirón, son entre otras, las deidades con las que nos encontraremos al recorrer “el ladrón de miel”.

En un prototipo de “El ladrón de miel” está instalado en el Museo Artium de Vitoria Gasteiz, los árboles atraviesan la arquitectura del museo en un juego en el que se busca la complicidad performativa del espectador y se señala un recorrido histórico de varias de las especies arbóreas que han acompañado a las civilizaciones.

Referencias:

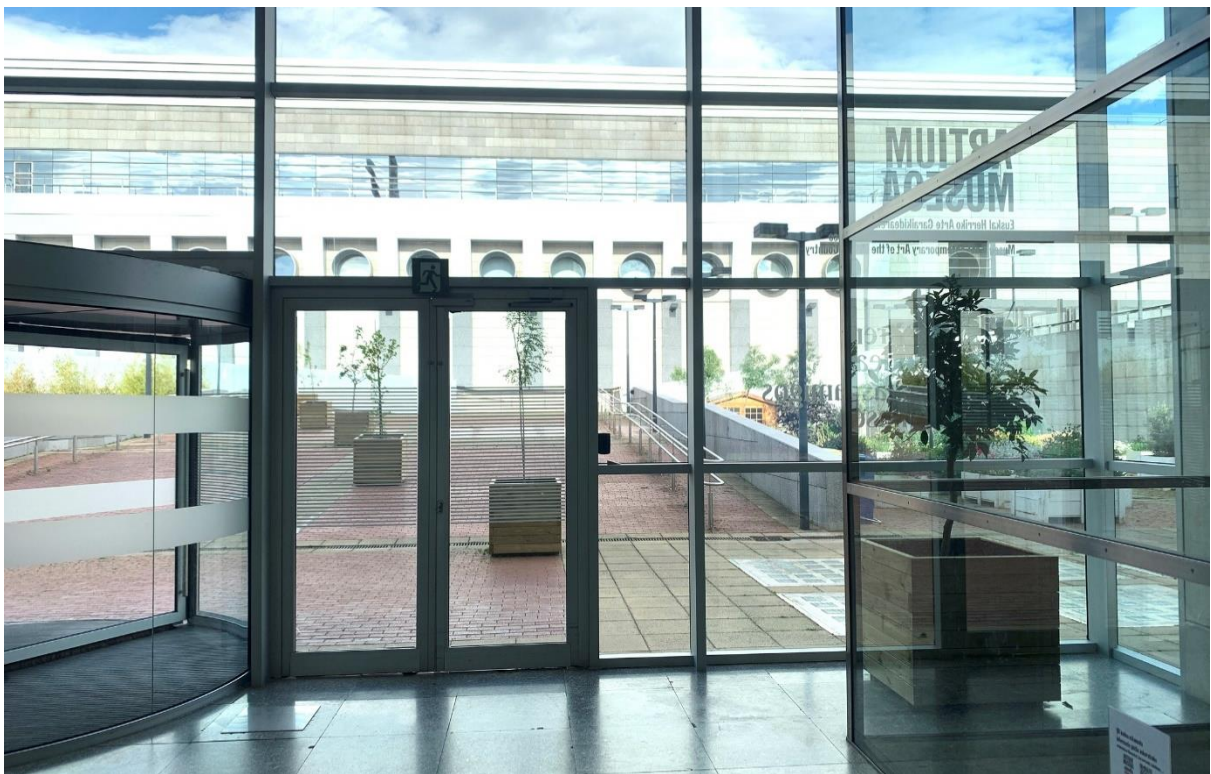
City Trees. A Historical Geography from the Renaissance through the Nineteenth Century.
Henry W. Lawrence.
University of Virginia Press. 2006



Instalación “El ladrón de miel” (2023) en Artium Museo. Vista exterior Artium. Imagen: Artium



Instalación “El ladrón de miel” (2023) en Artium Museo. Higuera.



Instalación “El ladrón de miel” (2023) en Artium Museo. Vista interior Artium.

José Ramón Ais



José Ramón Ais es artista plástico. Su obra explora los vínculos emocionales y los modos en los que se proyectan sobre la naturaleza relatos, ideologías, deseos y utopías, desarrollando una reflexión y una experimentación sobre conceptos relacionados con el paisaje como construcción y como representación. Sus procesos parten del cultivo, la observación y la documentación de las plantas en un territorio donde se hibridan jardín, estudio y plató, una práctica que fusiona la fotografía y las técnicas de posproducción de la imagen, el trabajo de campo y la investigación histórica.